

**Nadine Bernard, *Être vieux dans le monde grec. De Solon à Philopœmen, VI<sup>e</sup> – II<sup>e</sup> s. a.C. (=Scripta Antiqua 168), Bordeaux, Ausonius, 2023, 471 pp. [ISBN: 978-2-35613-564-3]***

Lucía Díez Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid ✉

[lucdiez@ucm.es](mailto:lucdiez@ucm.es)

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.98287>

La monografía de la doctora Nadine Bernard nace de su proyecto homónimo desarrollado en la Universidad de Bordeaux-Montagne; se trata de un profuso trabajo de documentación, principalmente literaria aunque también apoyado en el estudio epigráfico e iconográfico, a partir del cual explora la concepción de “ser viejo” en el mundo griego desde el siglo VI hasta el II a.C.

A partir del paradigma que representan las figuras de Solón y Filopemén en el imaginario griego —aquella vejez que porta sabiduría y *auctoritas*, reflejo del buen gobierno y las destrezas militares maduras a lo largo de los años—, Bernard explora también otras concepciones menos romantizadas de la ancianidad, como aquellas relativas a la pobreza, el desagrado o el aislamiento social, a la par que reivindica la escasez de figuras femeninas como referentes ideales de senectud. La justificación de su obra radica principalmente en el vacío historiográfico de las personas ancianas como sujetos de estudio; a través del análisis de sus rangos de acción dentro de las esferas pública y privada, Nadine Bernard reescribe las historias de grupos de diverso género y condición social que tienen como punto común hallarse en la misma etapa vital. Dado que apenas existen testimonios propios que hablen de la vejez, los textos legales, las comedias o los tratados médicos son utilizados por la autora para reflejar la conciencia colectiva sobre la misma y cómo vivieron los antiguos griegos esta condición inevitable del ser humano.

La investigación llevada a cabo por la autora se estructura en cuatro bloques; el primero de ellos, “L’âge de ses artères”, centra su mirada en la medicina y el cuerpo, los cambios físicos ocasionados por el paso del tiempo, así como la disparidad entre la concepción de vejez masculina y femenina. La autora reflexiona cómo los tratados hipocráticos y el desarrollo del estudio de la salud estableció una edad corporal basada en el aumento de las patologías; estas constataban la clasificación del individuo como “anciano”, *geron*. Aristóteles describió la vejez como “una enfermedad natural”, afirmación que contrasta con la veneración griega a la figura masculina joven e idealizada; así, el deterioro físico asociado a la edad, según la medicina hipocrática, ocurría a partir de los sesenta años en el caso de los hombres, mientras que, para las mujeres, por su condición de gestantes, se regía por su ciclo menstrual. La menopausia, que normalmente ocurría antes de los sesenta, era vista como el indicador femenino de la vejez, creando una gran disparidad entre sexos; tal y como reflexiona la autora, la medicina griega proporcionaba una visión categórica de la senectud a través de un esquema temporal invariable que repercutía en cómo era vista socialmente.

En el segundo bloque, llamado “S’accommoder de la vie: les enjeux de la longévité”, Bernard explora los desafíos sociales asociados a la longevidad; entre ellos se encontraba la problemática acerca del desempeño de las labores o su propia asistencia, además de otras cuestiones como los matrimonios a una edad avanzada o su vida sexual. Este apartado, más centrado en la vida

personal del sujeto histórico, descubre la crudeza con que la sociedad concebía la ancianidad; la pobreza y la indignidad acompañaba en numerosas ocasiones a la vejez, pues la incapacidad de desarrollar un oficio los exponía a una crítica situación, especialmente si poseían pocos recursos o eran de condición esclava. Bien es cierto que existía una estructura de mantenimiento familiar apoyado por la ley de las *poleis* con ciertas obligaciones alimentarias; estas generaron una cultura de *gerotrophia*, pero no todos los ancianos se encontraron igualmente protegidos ni sus necesidades cubiertas. En numerosas fuentes legales, como en Esparta, no estaba bien visto, o directamente se encontraba prohibido, el matrimonio tardío si este unía al anciano con una persona joven —especialmente si era mujer, el caso más común— pues se consideraba la pérdida del potencial reproductivo de esta. En las comedias resulta frecuente este tipo de situaciones, en donde se refleja en clave humorística la lascivia asociada a la vejez, lo que hace reflexionar a Bernard sobre las prescripciones morales griegas acerca de su sexualidad.

En el bloque tercero, “S’investir dans les affaires comunes”, se trata su participación en la esfera pública a través de su presencia en la vida religiosa, política y militar de las *poleis*. En este aspecto, la autora observa cómo la vejez podía aportar ciertos roles de liderazgo en organismos como la Boulé o la Gerusía, ya que eran frecuentemente llamados a ocupar posiciones de responsabilidad en la toma de decisiones comunitarias. También dentro de la religión existió un espacio de participación, especialmente femenino; ciertas posiciones religiosas están reservadas para aquellas que habían alcanzado la madurez, lo que implicaba un reconocimiento de su estatus social y habilidades. Por otro lado, dentro del ejército, aquellos combatientes destacados no eran considerados bajo el prisma de la vejez, lo que explicaba que la comunidad griega concebía su participación social más intelectual que física.

Por último, el cuarto bloque, “Placés sous le regard” se centra en el reflejo de la vejez en las artes plásticas. A través de la iconografía cerámica, Bernard contempla cómo los cuerpos ancianos de ambos sexos son retratados con signos de deterioro físico y fealdad, a menudo en contextos cómicos o despectivos. En cambio, en la estatuaria y, más concretamente, durante época helenística, la senectud es relacionada con la nobleza y la sabiduría masculina, mientras que las mujeres son, de nuevo, representadas de forma grotesca.

De este modo, la obra de Nadie Bernard se configura como un meticuloso análisis social acerca de las personas ancianas en la Grecia antigua; a través de la boca de otros, jóvenes que en algún momento llegarían a esa temible etapa, se configura una imagen de la vejez con un amplio espectro. Es, por una parte, sinónimo de corrupción —física y moral—, de pobreza y aislamiento social, mientras que también es respetada por su sabiduría y prudencia; otras veces es un referente a seguir, como en el caso intrafamiliar, pero al mismo tiempo constituye un tópico recurrente en la comedia. Reflejando también la diferencia entre la visión sobre la vejez masculina y la femenina —la cual, en prácticamente todos los ámbitos, termina en una situación desfavorable—, Bernard demuestra con su impecable trabajo de las fuentes esta dicotomía de una edad que es tanto despreciada como valorada, llenando así el vacío historiográfico sobre una etapa vital que llega, inevitablemente, a todos.